

A photograph of a woman's legs from the knees down, wearing black, suede-like high-heeled shoes with a platform sole and a thin stiletto heel. The woman is standing on a paved city street with a modern skyscraper cityscape in the background under a clear blue sky. The text 'A.L. Brooks' is printed in the upper right, and 'Hueles Sexy' is written in a cursive font at the bottom.

A.L. Brooks

Hueles Sexy

A photograph of a woman's legs wearing black high-heeled shoes, standing on a paved city street with skyscrapers in the background. The text 'A.L. Brooks' is in the top right, and 'It's not just Sexy' is in the bottom center in a cursive font.

A.L. Brooks

It's not just Sexy

Hueles Sexy

A.L. Brooks

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código

Penal).

Título: *Hueles Sexy*

© *A.L. Brooks*

Primera edición en digital Enero 2017

Diseño de portada y contraportada: *A.L. Brooks*

Maquetación: *A.L. Brooks*

Hueles Sexy

A.L. Brooks

Según sus amigas Sally se estaba convirtiendo en alguna suerte de ermitaña, o lo haría muy pronto si su actitud no cambiaba y empezaba a salir más. Aunque ella no veía el problema que ellas tanto se empeñaban en mencionar.

Según decían, su crimen era dedicarse a su carrera profesional y a su hija los últimos doce años, el tiempo que hacía que se había divorciado. La alegría de su vida, su pequeña Amelia, tenía ahora quince hermosos años y estaba en una edad repleta de cambios apasionantes, no obstante, sus amigas se empeñaban en que debía salir más. A cenar, a bailar, al

cine...

No comprendían que ya hacía todas esas cosas, salía continuamente. Amelia y ella salían a cenar y a comer de vez en cuando, iban a ver películas regularmente al cine, a la biblioteca, también iban a exposiciones, hacían excursiones...

Ahora que su hija era casi una adulta, disfrutaban mutuamente de sus aficiones y de su compañía más que nunca. Por supuesto que había momentos en los que su relación, como madre e hija que eran, se teñía de tensión aunque lo solucionaban enseguida.

Además, había sido difícil pero había

logrado mantener una relación cordial con su ex, el padre de su hija, por el bienestar de Amelia y, lo cierto era que sus vidas funcionaban bastante bien. Tenían más comunicación ahora que cuando eran pareja, lo que favorecía a su hija y era algo por lo que Sally estaba agradecida.

Si bien era cierto que tuvo momentos a lo largo de aquellos años en los que había echado en falta tener a alguien con quien compartir su carga, un hombro en el que apoyarse, llorar o acurrucarse a ver una película bajo una manta una tarde de invierno, pudo acostumbrarse a vivir sin ello. Y el sexo.

Eso también era algo sin lo que se había acostumbrado a vivir. Recordó de forma fugaz el cajón de su cómoda, ése que contenía los juguetes para adultos con los que se daba placer cuando sentía la necesidad de desatar su libido; diligente, atinó a devolver sus pensamientos al tiempo y al lugar en el que se encontraba: en su casa, el día de su cumpleaños, con sus amigas.

—Venga, ábrelo —la urgió Myrna impaciente.

—Sí, vamos —apoyaron las demás.

Xondra, Rina, Alexandra, aunque todas la llamaban Alex, Vicky, Myrna y Sara, no faltaba ninguna. El grupo al completo

se encontraba reunido en su casa, incitando a Sally que acababa de terminar de vestirse. Con las chicas allí, no habían faltado las bromas, las risas ni el champán.

Para la celebración la noche de su cumpleaños había elegido un vestido negro de largas mangas de gasa, con una falda que terminaba justo en sus rodillas y dejaba la parte central de la espalda al descubierto. Se calzó unos zapatos de color negro y usó el maquillaje de una forma muy discreta dando tan solo un poco de rubor a sus mejillas y una chispa de color a sus labios, dio el toque final a su *look* de aquella velada con un poco de máscara de pestañas y un

bolso de charol.

—De acuerdo, ya voy. —Abrió el envoltorio del obsequio para dejar al descubierto una caja que contenía un perfume con un nombre un tanto peculiar —. Fero ¿qué? ¿Qué colonia es esta? — Dio vueltas a la caja, buscando alguna explicación sin hallar respuesta a su pregunta.

—Es un perfume —explicó remarcando lo evidente su amiga Sara.

Todas ellas estaban sentadas en su cama, observándola expectantes con sus copas de champán en la mano. Podía decirse que la fiesta había comenzado temprano en el día de hoy.

—Póntelo, venga —incitó Alex.

—Sí, eso, rocíate bien —animó Vicky arrancando carcajadas de las demás mujeres.

Sus risotadas la hicieron desconfiar de que aquello no fuera una broma y dudó en hacerles caso.

—Anda, trae. —Rina le arrebató el bote y apuntando hacia un lado presionó el difusor para que pudiera olfatear y comprobar que no olía a nada raro—. Venga, bebe, de un trago. —La invitó a vaciar su copa y, antes de que pudiera protestar, su amiga le había puesto perfume en el cuello y el escote—. No nos mires así, esta noche tu hija se

queda con tu ex y vamos a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto. —

El grupo lanzó un aullido al aire.

—Pues no huele mal, me gusta — comentó pasando por alto el grito de guerra del resto de mujeres en su habitación—. Tiene cierto olor floral. Y es... bastante fresco. Gracias chicas — dijo dirigiéndose al grupo.

—Ya nos lo agradecerás más tarde — respondió Xondra con una sonrisa endemoniada.

—Ahora este —propuso Sara alargando el brazo con otro paquete de pequeñas dimensiones.

—Ah, ah, pero antes... Un poco más de champán —Alex relleno su copa con el embriagador brebaje.

Sally tomó un sorbo y se dispuso a abrir el regalo. No pudo evitar que su rostro transmitiera toda la sorpresa que sentía al desenvolver el papel de la caja.

—¿Y esto? —preguntó sin poder creer lo que veían sus ojos.

—Es un regalo para esta noche — anunció Rina—. Tienes que ponértelo — su rostro era una mezcla de orden y puchero.

—Son unas bragas —articuló Sally todavía alucinada.

—No unas bragas cualquiera, esas llevan sorpresa —pronunció Xondra en tono aleccionador.

—Sí, de la que vibra —añadió Alex haciendo estallar al grupo en carcajadas —. En cuanto te las

pongas y te termines la segunda ronda, nos vamos para seguir con la noche y veremos si hay más regalos.

—¿Me las tengo que poner? —alzó su ruego mortificada.

—Sí. No hay discusión posible —intervino Vicky.

Después de que el grupo de mujeres

comprobaran que las braguitas de satén y encaje que le habían regalado tuvieran la bala vibradora que prometía la caja pues también era parte del regalo, en su lugar, en una especie de bolsillo interior oculto, Rina le acercó su perverso regalo y no le quedó más opción que quitarse el tanga que había elegido ponerse aquella noche para poder colocarse aquel artefacto.

—Asegúrate de poner bien la... —
Myrna dejó el fin de la frase flotando en la habitación.

El comentario inacabado de su amiga le granjeó una mirada fulminante por su parte, terminó de ponerse la ropa

interior nueva, colocando cada parte donde debía estar y se dirigió al armario para recoger su abrigo.

La bala colocada estratégicamente en sus bragas vibró y sin modificar su gesto, alargó el brazo en dirección al grupo que continuaba en el mismo lugar.

—Dádmelo —ordenó con voz firme.

—Vale, pero tienes que prometernos que lo usarás —cedió Alex.

—O te quitaremos el mando y tendremos que hacer que lo uses —amenazó Rina socarrona.

—Está bien —acordó Sally.

Sus amigas la arrastraron a cenar a un restaurante que le encantó, debía admitir que estar jugando con la intensidad de aquella bala justo en el vértice entre sus piernas, sin que nadie en la sala, a excepción de sus maravillosamente locas amigas, conociera el secreto era excitante y embriagador. De algún modo sus sentidos empezaban a expandirse, la sangre se ralentizaba en su sistema.

Experimentaba una sensación de calor agradable, como si se le fuera la cabeza ligeramente aunque dos copas de champán nunca habían surtido semejante efecto en ella.

El minúsculo objeto estaba haciendo su trabajo y una sutil excitación estaba

comenzando a despertar su cuerpo. Resultaba agradable experimentar de nuevo todas aquellas sensaciones.

Durante la cena no pudo evitar fijarse en que aquella noche parecían haber salido un montón de hombres a compartir aquel mismo restaurante, algunos de ellos muy apetecibles. De conocer y entablar una buena conversación, por supuesto.

Reflexionó que era cuanto menos curioso el hecho de que ella estuviera pensando cosas como aquella, puesto que hacía mucho tiempo que no se percataba de tales detalles.

La cena, la bebida y la charla transcurrieron amenos en el restaurante

hasta que llegó el momento en que terminaron sus postres, sin embargo, sus amigas no tenían ninguna intención de que la noche finalizara allí. Entre bromas vendaron sus ojos para llevarla a su siguiente regalo sorpresa. No sabía si fiarse de ellas no obstante las conocía lo suficiente para dejarse llevar.

Les siguió la corriente. En el coche, impedida del sentido de la vista, percibía las vibraciones de aquel minúsculo objeto alojado en el punto que más placer puede proporcionar al cuerpo femenino con mayor intensidad, había empezado a excitarse de verdad y ya buscaba en su mente el modo en que podría liberar todo aquel cúmulo de

emociones encerradas en su bajo vientre en cuanto llegara a casa.

Salieron del vehículo, una ráfaga de aire frío erizó su piel, irguiendo sus pezones, ayudando a sus amigas en su travieso plan de despertarla de nuevo sexualmente que parecían haberse propuesto.

Bien sujeta del lado derecho, la acompañaron hasta lo que intuyó sería el interior de una discoteca, la música tronaba alta, podía sentir el calor de los cuerpos de la gente, los murmullos tratando de hacerse oír por encima del sonido de la música, retazos de conversación... Entre todas aquellas

voces, hubo una que le erizó la piel.

—Buenas noches —pronunció un hombre con voz rasgada y profunda—, por aquí, señoritas, por favor.

El pañuelo oscuro, a modo de venda, que le habían puesto sus amigas alrededor de la cabeza,

cubriendo sus ojos, le impedían ver nada y se moría de ganas por poner cara a aquella voz que había producido semejante efecto sobre su piel, erizando cada poro.

—¿Podrías..? —Habló Alex quién la sujetaba del brazo derecho acompañándola al caminar.

—¿Qué? —preguntó Sally a su amiga.

—Por supuesto —dijo el hombre—, yo me encargo de la cumpleañera.

Su amiga dejó de sostenerla y una mano más grande y cálida de un modo gentil, tomó la suya y la colocó alrededor de un brazo masculino donde pudo palpar un antebrazo fuerte bíceps musculado.

La mujer necesitó inspirar profundamente una o dos veces pues los latidos de su corazón iniciaron una carrera lanzándose al trote.

—Cuidado con lo que dices —Sally respondió a las palabras del hombre que sabían a pecado solo por ser

pronunciadas en aquel tono, movió su cabeza siguiendo el sonido de aquella voz embriagada como estaba por las sensaciones de su cuerpo y lo que él, sin saber, estaba produciendo en ella—, puede que te tome la palabra y tengas que encargarte de mí —se atrevió a coquetear por primera vez en años.

Su propia entonación emergió de entre sus labios ligeramente más ronca de lo habitual.

Continuaban caminando, ya no escuchaba a sus amigas alrededor, se percató de que la música de antes parecía estar muy lejos, como si hubieran entrado en una especie de

burbuja. Él se detuvo, lo que provocó que lo hiciera ella también.

Sally sintió un aire cálido cerca de su oído.

—Eso no es problema —susurró él. Seguidamente, pudo sentir cómo olfateaba la curva de su cuello hasta su clavícula —Hmmm... Hueles sexy.

La declaración del hombre la dejó sin palabras e hizo que su estado actual de excitación aumentara.

Los latidos de su corazón se dispararon, apretó las piernas, se humedeció los labios y necesitó tragar saliva solo para comprobar que todavía podía hacerlo.

—Gra-gracias —fue su respuesta balbuceada.

—Tus amigas tienen un regalo de cumpleaños para ti. Siéntate —la invitó —, no te quites el pañuelo todavía — pronunció—, y disfruta.

—Con esa voz lo que voy a necesitar es un baño de forma urgente —pensó en voz alta.

—¿Cómo dices? —el hombre sonaba divertido.

Al darse cuenta de que había hablado realmente en voz alta, se avergonzó de sí misma y de su torpeza.

—Yo... Ah, lo siento. Es que... Te lo habrán dicho muchas veces —trató de explicarse—. Tienes una voz que... Uf... Pondría cardíaca a cualquiera —confesó.

—¿Te gusta mi voz? —Sally tragó saliva al escucharlo tan cerca de su rostro que podía sentir su aliento sobre sus labios —. Veremos qué te parece el resto.

Una melodía empezó a sonar, envolviéndola, arropándola, podía sentir leves caricias por sus hombros, en su cabello, ese hombre estaba provocando que sus latidos se disparasen cada vez más y apenas necesitaba hacer nada. Él le sujetó una mano y le hizo levantar el

brazo, sintió como le besaba cada dedo, provocando que cada una de las fibras de su ser despertaran, se activaran y exigieran liberarse, apretó de nuevo las piernas. Quiso coger su bolso y aumentar la potencia del pequeño juguete que no había desactivado desde su salida del restaurante para poder culminar allí mismo, en aquel momento, escuchando aquella incitante voz y sintiendo aquel leve contacto.

Después de besar sus dedos, llegó el turno de la palma de su mano y acto seguido notó que estaba sintiendo el contacto con el torso masculino. Se mordió el labio ante la firmeza que percibió bajo su palma.

—Esto... Yo no sé si... —empezó a decir ella.

A pesar de su torpe intento pudo notar cómo el calor del cuerpo masculino se aproximaba, en ningún

momento retiró la mano, no hubiera podido aunque le hubieran propuesto pagarle por ello, entonces la venda cayó y ante sí encontró un perfectamente cincelado abdomen masculino. Él llevaba unos pantalones tejanos ligeramente caídos hasta sus caderas, un cinturón de cuero negro y hebilla metalizada los mantenía allí evitando que cayeran más abajo. Alzó la vista hasta cruzar su mirada con el dueño de

aquellos abdominales.

—Feliz Cumpleaños, Sally —pronunció con una sonrisa ladeada.

Era un hombre alto, moreno, de piel bronceada por el sol con el cabello corto y los ojos oscuros, con unas facciones rectas, perfiladas casi tan bien como sus abdominales. Tenía dos hoyuelos, uno en cada lado de su sexy sonrisa y poseía los labios más gruesos que había visto antes en un hombre, unos labios que invitaban a besarlos y a pasar horas perdidas allí.

—Creo que se me ha olvidado cómo se habla —dijo ella casi sin voz, con la garganta completamente reseca.

El hombre rió y con un movimiento de baile, siguiendo el ritmo y la cadencia de la música, rodeó la silla en la que se encontraba postrada. Se posicionó detrás de ella y puso sus manos en sus hombros, luego las deslizó hacia abajo y las volvió a subir despertando mil sensaciones en su atormentado cuerpo.

Agachó la cabeza hacia el hueco de su cuello, Sally se dejó envolver por todas aquellas sensaciones que iban a hacerla estallar más pronto que tarde, el hombre aspiró su aroma allí y hasta detrás de su oreja.

—Ahora mismo solo me interesa eso de que mi voz te pone cardíaca —

respondió él en un susurro perturbadoramente seductor.

No podía más, estaba al borde del orgasmo, tenía que salir de allí y encontrar un lugar privado, un baño o lo que fuera para poder dar rienda suelta a la culminación que exigía su cuerpo.

—¡Dios! Necesito encontrar un baño, ya —pronunció con urgencia.

—¿Qué? ¿Por qué? —dijo el hombre confundido.

—Porque mis amigas son unas cabronas —afirmó sin pelos en la lengua—. Me han regalado unas bragas que vibran, el alcohol de la cena, la vibración, tu

voz... Una tiene un aguante y ya no puedo más

—confesó.

—¿Llevas puestas unas bragas que vibran? —preguntó perplejo.

—Bueno, en realidad llevan una pequeña bala que se coloca en un punto muy estratégico y es eso lo que vibra, pero sí y necesito coger el control remoto de mi bolso y encontrar un baño —admitió mortificada.

El atractivo ejemplar de hombre frente a ella se movió y le dio su bolso.

—¿Puedo ver ese mando? —pidió. Sally

lo buscó y más avergonzada todavía, se lo enseñó. Entonces él le quitó el bolso y lo volvió a dejar donde había estado, recogió el pañuelo que Sally había llevado antes en los ojos y se acercó a ella—. Volvamos a poner esto en su sitio y déjame esto a mí. —Puso su gran mano sobre la de ella que sostenía el control del juguete para adultos.

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender ni pretendía comenzar a racionalizar, le hizo caso y cedió el control del mando y de su cuerpo a aquella voz que la había embrujado.

La venda volvió a cubrir sus ojos con firmeza impidiéndole ver nada, entonces

el sonido de la música aumentó y lo hizo también el movimiento de vibración de entre sus piernas arrancándole un jadeo.

—¿Mejor así? —preguntó el hombre en su oído.

—Ah, sí —articuló casi sin aliento.

Él acarició su cabello, su cuello, la instó a colocar las manos sobre su torso, acariciarlo al mismo tiempo que aumentaban las vibraciones en su clítoris.

—No sé qué tienes —hablaba en su oído, Sally paseó sus manos por sus brazos—, nunca había hecho algo como esto.

—¡Oh, señor! Como sigas hablando, no voy a poder... Voy a...

—Vamos, déjate llevar. —Aumentó la vibración que la estaba volviendo loca —. Es tan estimulante verte. Me has excitado y eso no es fácil, te lo aseguro. Si no estuviéramos aquí, tendría tus pezones entre mis dedos y tu clítoris en mi boca —declaró.

Las palabras del hombre, pronunciadas con aquella sensual voz, enronquecidas por la excitación que él mismo admitió y todo ello regado con la música que los envolvía y las vibraciones que rodeaban el centro de su placer, produjeron una onda expansiva desde su entrepierna

hacia el resto de su cuerpo.

Sally no pudo evitar las contracciones del orgasmo por más tiempo, se mordió el labio para no gritar pero él pudo escuchar su gemido ahogado.

Con mano firme, le retiró el pañuelo de los ojos y la observó durante largo rato, ya había bajado la intensidad de las vibraciones y con gestos pausados le devolvió el control remoto.

—Me ha encantado verte. Ahora te toca a ti, tu regalo de cumpleaños —explicó.

Empezó a bailar a su alrededor de forma seductora, entonces Sally cayó en la cuenta, de que sus amigas la habían

llevado a un club de striptease y él era un stripper, uno muy guapo y sexy.

—Ah, no hace falta que te quites nada —comenzó a hablar —Yo... Creo que será mejor que me vaya.

—Aun tenemos tiempo —anunció él.

—Verás, yo no soy así. No suelo hacer estas cosas —se excusó la mujer azorada.

—Yo tampoco —replicó—. Que mi trabajo sea este no implica que conozca todos los días a alguien como tú. No puedo dejarte marchar sin saber que volveré a verte —afirmó convencido.

—No puedo, yo... No lo entiendes —
dejó caer los hombros.

Ella sola se había metido de cabeza en
aquel enredo y ahora no sabía de qué
forma salir.

—¿Estás casada? —Él buscó un anillo
en su dedo anular con la mirada.

—No —respondió de forma automática.

—Bien —afirmó con un gesto de su
cabeza—. Terminó tarde pero si seguís
de fiesta por ahí, me gustaría tener la
oportunidad de invitarte a la última copa
o al desayuno —propuso el hombre
todavía delante de ella.

Sally aun tenía el corazón disparado, su cuerpo clamaba una cosa, su mente otra.

—No lo sé. Yo...

—Si sales por esa puerta y no tengo un modo de volver a verte harás que me despidan —concluyó.

—¿Yo? ¿Por qué? —sintió curiosidad ante su afirmación.

—Porque te robaré el bolso —comenzó su explicación—, me haré con el control remoto de tus bragas y te excitaré hasta que no puedas más; como tampoco podré contenerme durante demasiado tiempo tendré que tener sexo contigo en algún rincón y como hay cámaras por

todas partes por si tocamos o dejamos que nos toquen de forma inadecuada a las clientas me despedirán y será tu culpa. Ya ves.

—O sea que estoy obligada moralmente a darte mi número por el bien de tu economía —recapituló.

—Y orgásmicamente, no lo olvides —le guiñó un ojo.

—Sigue hablando así y conseguirás que me corra con o sin bragas vibratoras —confesó.

—Continúa diciendo cosas como esa y me quedo sin trabajo en menos de tres segundos —acercó su más que

apetecible boca hacia su rostro —Por cierto, me llamo Paxton —añadió—. Así la próxima vez que te produzca un orgasmo lo podrás gritar.

Ella enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Sally, y puede que seas tú el que grite —devolvió.

—Oh, cuento con ello —rebatió el bailarín.

Aquellas fueron las últimas palabras que intercambiaron, el tiempo del reservado se agotó.

Intercambiaron rápidamente números de teléfono aunque Sally estaba convencida

mientras abandonaba el

local junto a sus amigas que nunca más volvería a saber de él.

Aun así sonrió porque gracias a él la noche de su cumpleaños había sido orgásmicamente mágica y sensual.

¿Quién le iba a decir que podría tener semejante culminación a manos de un hombre sin que este la tocara?

Paxton había despertado su cuerpo en más sentidos de los que creía y ese era quizás el mejor regalo que podían haberle hecho.

Fin